Si la vida de Hidalgo hubiese terminado aquí, sería la suya una de las vidas más altas y más puras, la de un sabio trocado en misionero o la de un santo laico de la cultura mexicana.

*
* *

Pero hay un segundo acto de su vida, breve y luminoso. En nuestra historia apenas si es un relámpago; en cambio, en la vida del héroe es todo el drama de su transfiguración: el sacerdote hecho soldado; el maestro hecho caudillo y el pastor convertido en héroe. Seis meses bastaron para levantarlo y dejarlo caer, cumplida ya su misión. El resto lo haría el destino, que es insobornable.

El drama se anuncia en Dolores con un tañido de campana. Se inicia luego con un grito, en el silencio del amanecer. Ese grito libertario de Hidalgo, frente al alba indecisa, es México mismo retando a su destino. En ese minuto audaz remataron tres siglos de resignado abatimiento y muchos años de sordas rebeldías. Al grito de "¡Viva la independencia!" la turba congregada respondió con la fidelidad de un eco; pero el grito final "¡Muera el mal Gobierno!", la turba lo tradujo de inmediato: "¡Mueran los gachupines!"

En esta doble frase está todo el secreto del frenesí que se apoderó del país. El criollo y el mestizo, el indio y las castas, todos respondieron con un mismo estremecimiento de fiebre, de odio y de esperanza. No sabían bien el alcance que pudiera tener la independencia, no columbraban bien lo que sería la libertad, ellos que no la habían conocido; pero las deseaban con ansia, con ese instinto certero que es innato en el hombre. Si no sabían de independencia y de libertad, sí sabían, en cambio, lo que era el odio al opresor, encarnado en el encomendero y sabían también lo que es la rabia contenida, que quiere estallar en rebeldía.

Empezó la epopeya, que yo no voy a trazar. En esos días de heroísmo y de sangre, de idealismo y de barbarie, Hidalgo mostró tener una superioridad indiscutida sobre sus hombres. Les aventajó en todo: en talento, en audacia y en visión. Fué el jefe, por el derecho natural del mérito.

Nadie como él en el valor sereno. Cuando la conspiración fué descubierta y empezaron las aprehensiones, Allende, Aldama, todos los complicados, perdieron la cabeza; todos pensaron en la fuga. Sólo Hidalgo se conservó sereno; sólo él sacó de su valor la audacia para retenerlos y para forzarlos a dar el salto en lo desconocido. El grito de ese día en Dolores fué un reto suyo, exclusivamente suyo.

Por lo que toca a la visión política, sólo él, viejo lector de historia, tuvo el acierto para conducir la revuelta. Cuando Allende y los militares que lo seguían quisieron hacer la guerra levantando un ejército regular para enfrentarlo al ejército del Reino, Hidalgo vió con claridad que no era el choque de los ejércitos, en batallas campales, lo que daría la victoria a los insurrectos, que carecían de armas. Era el levantamiento en masa; era el pueblo entero, en frenesí de rebeldía, lo único que daría la fuerza y el coraje para vencer, sin importar que la turba fuese apenas con lanzas, con machetes y con hondas, a enfrentarse a los españoles.

Sólo Hidalgo se dió cuenta de lo que vale el ímpetu del pueblo, aunque esté desarmado, para abatir una tiranía. Por eso convocó a las masas y las arrastró consigo, contra el consejo de sus militares, y nunca un torrente humano se precipitó por las llanadas del Bajío con mayor furia. El 16 de septiembre los insurgentes eran sólo 800 en Dolores; tres días más tarde eran 6,000 en San Miguel; creció el torrente y el 28 eran 15,000 en Guanajuato, y ya aquí en Valladolid, a un mes apenas del grito, el río humano, desbordado, pasaba de 50,000 hom-

bres.

Nunca en nuestra historia tuvo un caudillo tal magnetismo sobre las masas ni nunca una idea arrastró más pueblos, como arrancados de cuajo, bajo el señuelo de la libertad. "Es como un vértigo", decía Calleja. ¡Qué importaba, pues, que esas masas, según lo temía Allende, pudieran ser fácil presa del pánico, si podían serlo también del heroísmo! Fueron ellas las que tomaron Guanajuato y Valladolid y las que en las Cruces hicieron retroceder a Trujillo, en desbandada y con espanto, a las puertas mismas de la Capital.

Cuando el desastre se vino en Aculco, Hidalgo volvió a levantar pueblos enteros, inmensas muchedumbres, antes de dos meses. Así hubiera podido seguir y sostener la guerra, pese al desastre de Calderón, si no lo atajan la incomprensión y el odio de los propios suyos.

En este cataclismo, en el que nadie sabía de cierto las metas de la revolución, sólo Hidalgo tuvo preocupaciones de estadista, porque sólo él columbraba el futuro de la nación. Había entrado a la lucha precipitadamente, simulando pretender un gobierno que actuara a nombre de Fernando VII y, sin embargo, tan luego como sintió su fuerza, no volvió a usar el retrato ni a mencionar el nombre del monarca hispano. Cambió de lenguaje y habló ya de la nación soberana y habló también de convocar un Congreso que decidiera el futuro nacional.

En su obra de estadista hay dos decretos de valor eterno, que expidió en el respiro de los combates. Fué uno el que lanzó aquí mismo, en Valladolid, el 19 de octubre, aboliendo la esclavitud y castigando con la pena de muerte a quien comprara o vendiera o retuviera esclavos. Este sonoro martillazo en las cadenas, que por primera vez resonaba en América, apenas cumplido un mes de iniciada la guerra y medio siglo antes de que Lincoln lo repitiera en el país del norte, bastaría para dar a

Hidalgo un lugar entre los inmortales.

El otro decreto memorable, que sigue siendo bandera de nuestras revoluciones, es el decreto agrario del 5 de diciembre, expedido en Guadalajara, en el que ordenaba devolver a los indios las tierras de que habían sido despojados, "pues es mi voluntad —añadía— que su goce sea únicamente de los naturales de los respectivos pueblos". Un siglo más tarde el eco de su voz seguiría retumbando en las montañas del Sur y los hombres seguirían muriendo por las dos promesas que les hizo Hidalgo, de tierra y libertad.

La nación que él presiente y que está forjando con sus manos, la quiere libre y soberana y la imagina constituída en República. En prenda de ello envía un Ministro Plenipotenciario a los Estados Unidos y le ordena informar que México pelea "por su completa independencia" y que persigue a toda costa "o vivir en libertad de hombres, bajo una Constitución Federativa o morir tomando satisfacción de los insultos hechos a la nación".

En pleno vértigo de acción, cuando empezaba a organizar el caos y a definir el futuro de su empresa, cae el telón bruscamente, cortando su gesta de caudillo. Más que por el desastre frente al enemigo, cae por la revuelta rencorosa de sus militares, que no le perdonan la derrota, ni menos aún la jefatura incompartida que ha ejercido hasta entonces. Con rabia le arrebatan el mando y lo arrastran virtualmente prisionero, a través de una retirada absurda, que se preve de 1,500 kilómetros, hasta Texas. Vencidos, extenuados, sedientos, una emboscada ruin les para en la mitad del viaje. La hora del caudillo ha pasado y es la hora del mártir.

*
* *

Empezó entonces el tercer acto de su vida, fugaz en el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

tiempo, pero de una infinita agonía. Cuatro meses prisionero, cargado de cadenas, él que las había roto todas, y sujeto a la tortura de un juicio implacable, mientras oía desde su cárcel las descargas que iban abatiendo a sus compañeros.

El hombre estaba solo en su celda, solo frente a su conciencia y frente a su Dios. Su conciencia le absolvía de todas sus luchas políticas y aun de sus excesos, ya que no los autorizó por maldad, sino por considerarlos necesarios para el triunfo. Dijo a sus jueces que estaba persuadido de que la independencia sería útil y cuando le preguntaron con qué derecho se levantó en armas, respondió con tranquilidad no exenta de fiereza: "con el derecho que tiene todo ciudadano cuando cree la patria en riesgo de perderse".

A la hora de la muerte volvió a aventajar a todos sus compañeros en valor heroico. Cuando todos se retractaron y se humillaron, él conservó su serenidad inmutable y su digna actitud. Ninguna retractación en sus ideas políticas; ninguna delación; ninguna flaqueza que desdiga su decoro de Padre de la Patria.

Pero si su conciencia de hombre lo absolvía, el sacerdote necesitaba el perdón de Dios. Por eso, al llegar al juicio religioso, se postró humildemente, aceptó sus yerros y pidió perdón. En ese momento le hicieron firmar un escrito de retractación que él no había redactado y que admitió, seguramente para morir en el seno de su religión.

Aún duele el alma al recordar las últimas escenas de su martirio. Su degradación como sacerdote, los grilletes que le quitaron por primera vez, el cuchillo que le raspó las manos y las fórmulas de execración que le laceraban el alma, mientras el pueblo que miraba la escena, se bebía en silencio las lágrimas...

Después, la agonía. El reo amarrado a un banquillo; el fusilamiento, hecho de frente, porque se negó a dar la espalda y luego, tres descargas, porque temblaban los soldados...

Se creería que todo estaba consumado; pero faltaba algo: es la cabeza blanca que salta, cercenada de un tajo, y es una jaula de hierro y luego un garfio en la Alhóndiga de Granaditas, para eterna infamia y para eterno escarmiento; para que nadie vuelva a soñar en México con la libertad...

*
* *

Cuando un hombre recorre un ciclo así y del noble pensamiento que lo tortura y que lo empuja, salta riesgosamente a la acción fecunda y paga su ideal de plenitud con el sacrificio de su vida, ese hombre es un héroe auténtico. A Hidalgo no le faltó nada: ni la idea valerosa, ni el esfuerzo osado, ni el pago de martirio.

Fué la suya una espléndida epopeya. Sorprende cómo, sin prestigio guerrero, botando un día su sotana de cura para vestirse la casaca del Generalísimo y sin más preparativos de combate que una tímida conspiración de algunos meses, hizo que el país entero ardiera en revolución. "Hidalgo no necesitaba más que presentarse para arrastrar tras de sí todas las masas", dice su historiador enemigo, Lucas Alamán.

¿Qué extraña fascinación tenía este hombre, que todos le seguían? ¿Qué fuerza ciega le impulsaba, que no se detuvo nunca a medir el peligro? ¿Por qué se abatieron sobre él tantos odios, como no los tuvo jamás otro insurgente?

Es que Hidalgo, en su guerra, no actuó con la mentalidad del criollo, dispuesto a sostener la misma estructura de la colonia y satisfecho nada más con arrebatar a los peninsulares el mando y los privilegios. El no concibió su revuelta como la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

que habían ensayado tímidamente los criollos del Ayuntamiento de México, apenas dos años antes, buscando asumir el poder en connivencia con el propio Virrey. Tampoco su rebelión se pareció en nada a la que en esos días se encendió en todos los países de Hispanoamérica y fué distinta, en esencia, de la que hizo después astutamente Iturbide.

Todas ésas eran revueltas de criollos postergados, ansiosos de arrebatar el poder al español de la península, que seguía llegando y actuando con la mentalidad orgullosa de conquistador y pensando que mientras hubiera uno de ellos en estas tierras de América, el mando debía ser suyo, sin razón para discutirlo ni para compartirlo.

La de Hidalgo fué otra clase de guerra; genuina lucha de independencia y libertad, emprendida en nombre de los de abajo, del pueblo oprimido, de la masa irredenta. Más que guerra fué una revolución social, la primera de este largo batallar nuestro, que aún no termina; guerra de destrucción de un régimen social que era tiránico en lo político y expoliador en lo económico; guerra de tumulto en que antes de preocuparse por las nuevas formas de vida, lo que importaba era destruír el orden viejo y destruírlo en forma tal que no pudiera nunca rearticular sus piezas; guerra de violencia y de exterminio, que hiciera imposible la supervivencia de un régimen que se empeñaba en mantener la esclavitud y la explotación, en forma semejante a como las había implantado en el siglo XVI. ¡Qué importaba que arriba, en la Corte, florecieran las artes en ambiente de lujo y de refinamiento, y que el siglo XVIII, que moría, hubiese sido el siglo de oro para las letras en la Nueva España, si abajo se retorcía la misma miseria humana y el indio moría en el mismo abandono, cruel e intencionado!

Tal fué el secreto de la fascinación de Hidalgo sobre las masas, como lo ha apuntado agudamente Villoro; secreto que

estriba en haber hecho la guerra no en nombre del criollo, sino del pueblo, actuando en su nombre e inspirado por él. Hidalgo fué su jefe, porque fué su conciencia y fué su voz; el instrumento histórico en que el pueblo encarnó. Por eso condujo la guerra como el pueblo quería; por eso toleró sus excesos y apoyó sus represalias. Se olvidó de su cultura de humanista y aun de su ministerio y actuó como hombre-pueblo. A la protesta de los suyos, Hidalgo, que se sabía inerme, respondió: "yo no conozco otro modo de hacer la guerra". Sus militares la hubiesen querido de tipo académico, inspirados en el espíritu napoleónico de esos días. El no; él contaba con el estallido, con la irrupción violenta, con la sacudida volcánica. "Vamos a coger gachupines", fué su primera voz de orden.

¿Qué otra cosa podía hacer este insurrecto frente a un ejército de 26,000 soldados y cuando el Virrey, preparándose contra la invasión que esperaba de afuera, se había abastecido de armas y había comprado 8,000 fusiles en Jamaica y había montado una fábrica para fundir cañones? ¿Qué otra cosa podía hacer, frente al poder y la riqueza de la Corona, que en unos cuantos años y al mismo tiempo que combatía ferozmente desde México hasta Argentina, tuvo fuerza bastante para levantar aquí un ejército de 80,000 hombres? ¿Ni qué otra cosa hacer frente a la fría, implacable resolución de España de retener sus Colonias a hierro y sangre? No quedaba sino luchar con las manos, con los dientes, con la ira en el corazón, en espera de arrebatar las armas al enemigo.

Por eso la lucha pronto se volvió feroz y el odio rompió todos los diques. De un lado y de otro la lucha se tornó implacable. Aquí mismo, frente a Valladolid, el brigadier Cruz dió su orden bárbara "de pasar a cuchillo a todos sus habitantes, exceptuando las mujeres y los niños y de pegarle fuego a la ciudad por todas partes"; en Silao, Calleja amenazó con "fusilar

cuatro habitantes, sin distinción de personas, por cada realista asesinado"; en México el propio Virrey instigaba al crimen, ofreciendo 10,000 pesos al insurgente que traicionara a Hidalgo y lo entregara, vivo o muerto y en San Blas se azotaba públicamente el cadáver del heroico Cura Mercado. Hidalgo respondió con igual furor implacable, olvidándose de todo, menos del sentimiento popular de rabia, ordenando la muerte de todos los prisioneros que tenía en Guadalajara y ordenando que en lo sucesivo a todos los españoles perturbadores "se les sepultara en el olvido".

Pero en medio del frenesí de guerra, soñaba para el futuro con una paz idílica, en que las leyes fueran suaves y benéficas; en que el gobierno tuviera dulzura de padre para todos, preocupado de fomentar las artes, de impulsar la industria y de crear un ambiente propicio para disfrutar, según decía, de todos los dones que nos dió el cielo.

No tuvo tiempo para ver apuntar el alba que presentía. Su vida guerrera fué un meteoro. Con su prisión, el triunfo quedaba muy distante y todos sus sueños: el nacimiento de un pueblo libre, sin esclavitud y sin oprobios de clase; el advenimiento de una República soberana y próspera, gobernada sólo por mexicanos, en la que el hombre del campo tuviera sus tierras y el de la ciudad sus pequeñas industrias; el nuevo régimen social con que soñaba, en que reinara la igualdad y en que fuese ley su fórmula de concordia: "unámonos todos los que hemos nacido en este dichoso suelo"; todo eso quedaba, al caer prisionero, perdido en la bruma de un futuro incierto.

Hidalgo sabía que sólo el triunfo de su causa lo absolvería en la historia de los excesos de la guerra. El dolor causado sería entonces fecundo y no voz de maldición. Pero la suerte le fué adversa y él moría antes de gozar del triunfo y de saberse absuelto; por eso lloró esta doble traición que le jugaba el destino.

Más no por eso se arrepintió. Pudo como cristiano llorar por sus pecados, doliéndose del sufrimiento que sus actos acarrearon; pero como patriota murió convencido de que había hecho bien en levantar el país contra España y hubiera podido repetir la frase de Ocampo frente al patíbulo: "Muero creyendo que he hecho por mi país cuanto en conciencia creí que era bueno".

Nadie polarizó tanto los odios como él. Sobre nadie se abatieron tanto la calumnia y la injuria. A pesar de que su guerra no era anti-religiosa sino exclusivamente libertaria, con la Virgen de Guadalupe como lábaro y el Te deum como ceremonia obligada de acción de gracias, el Obispo de Michoacán, Abad y Queipo, violando el derecho canónico, lo excomulgó a los ocho días del grito de Dolores; el Arzobispo de México le fulminó su anatema y confirmó la excomunión y el tribunal de la Inquisición, que había muerto y no había sido enterrado, se apresuró a llenarlo de injurias y de lodo, declarándolo "libertino, sedicioso, cismático, hereje, judaizante, luterano, calvinista y muy sospechoso de ateísta y de materialista". El Obispo Barbosa fulminó sus iras sobre el Libertador, gritándole "apoderado de Satanás y del infierno todo". Y así, en jauría de odios, todos vaciaron su léxico de injurias: fascineroso, réprobo, asesino, protervo, émulo de Luzbel. . .

Hoy podemos, quizá, sonreir frente a esa explosión de ira, de terror y de impotencia. Pero en aquel momento histórico representaba un peligro más grande que el propio ejército virreinal. Por eso Hidalgo, tanto como de combatir, se preocupó de refutar a sus enemigos. El país le conoció entonces como formidable polemista. "¿Creéis acaso —respondía en Valladolid a sus enemigos— que no puede ser verdadero católico el que no está sujeto al déspota español? ¿De dónde nos ha venido este nuevo dogma, este nuevo artículo de fé?" Y añadía. "Si no hubiera emprendido libertar nuestro Reyno, jamás hubiera yo

sido acusado de hereje".

Los anatemas siguieron y con ellos las excomuniones en masa. Frente al fárrago insufrible, modelo de incordura, de la del Obispo de Guadalajara, cómo suenan limpias y recias, como latigazos, las palabras de Hidalgo, al rebatir con sarcasmo: "¿No sois vosotros, españoles, los que hacéis alarde de haber derramado la sangre por no admitir la dominación francesa? ¿Por qué culpáis en nosotros lo que alabáis en vuestros paisanos? ¿Os ha concedido Dios algún derecho sobre nosotros? El mismo que los franceses tienen sobre vosotros, es el que habéis tenido sobre nosotros, esto es, el de la fuerza".

El dardo envenenado de la herejía, con que sus enemigos quisieron herirlo, se perdió en el aire. Las muchedumbres lo seguían, puestas la fe y la esperanza en su caudillo, sin importarles anatemas ni excomuniones. Creían en Hidalgo como en un padre y lo veían como un semi-dios. Los Clérigos mismos se apretaban a su lado, diciendo con seguridad desdeñosa: "¡Cuarenta excomuniones que el Tribunal fulmine, entre nosotros viene quien las absuelva!"

Sus enemigos se ensañaron con él. Podían perdonarle todo, menos su soberbia retadora. "¡Has caído como Luzbel por tu soberbia!", clamaba el arzobispo Lizana. "¡No se volverá a oír tu nombre en este Reino de Dios sino para eternos anatemas!".

¡Qué ceguera mayor que la del alma! ¡Perdónalos, Padre, porque teniendo ojos no veían! No veían ni tu grandeza ni tu verdad. Hoy el anatema se ha vuelto contra ellos, mientras que la legión inmensa de tus hijos viene amorosamente a tí, para decirte su gratitud; si por tu soberbia audaz ellos te odiaron, ¡por ella te bendecimos nosotros, que por ella tuvimos esta Patria niña!

Si tú volvieras, Padre, al viejo Colegio que fué tuyo y re-

clinado, como solías, en el barandal frontero a tu regencia, volviéndote a nosotros nos preguntaras hoy: "¿Qué habéis hecho del México que yo os dejé, mitad sueño y mitad desgarramiento, ansia y dolor al mismo tiempo? ¿Qué habéis hecho vosotros de mi grito y de mi sangre?"

Nos acercaríamos a tí, en movimiento silencioso, como de masa humana que se acerca al altar; te miraríamos de frente, sin esquivar tus ojos y una voz, una sola, que no sería de nadie porque sería de todos", te respondería: "¡Está tranquilo, Padre! Ni tu grito de rebeldía ni tu sangre han sido estériles. La Patria que nos diste es ya la que tú querías, altiva y libre, como soñó tu orgullo. La Revolución que tú iniciaste, para que el campesino tuviera su tierra, el hombre de la ciudad su taller y todos la dignidad de hombres libres, esa revolución no la hemos traicionado jamás. A lo largo de siglo y medio, con pausas apenas para tomar respiro, hemos marchado todos, con el fusil y el libro, en perenne combate. El camino es muy largo y aún nos falta mucho que andar; aún hay muchos indios sin tierra y muchos hombres que arrastran cadenas de miseria y ceguedad; pero tu ímpetu nos sostiene y habremos de acabar con ese oprobio! ¡Míranos, Padre! Ya obedecimos tu mandato de unirnos todos. Ya el mexicano siente el orgullo de gritar su estirpe. Ya tenemos la fe en nuestro destino. Y todo eso lo debemos a tí. Por eso nuestro orgullo de sentirnos tus hijos y de ver que en tu figura —fué un poeta quien lo dijo: Alfonso Reyes—"la Historia intencionadamente quiso condensar los rasgos de la Mitología: libro y espada, arado y telar, sonrisa y sangre!"

TERMINO DE IMPRIMIRSE EL PRESENTE FOLLETO EN LOS TALLERES DE SISTEMAS Y SERVICIOS TECNICOS, S. A., DE ESTA CIUDAD DE MONTERREY, EL 15 DE SEPTIEMBRE DE 1953, AL CUIDADO DEL DR. ENRIQUE C. LIVAS, EX-RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

F1
.H
CH
C.